

Después de Morir (o no), vitalmente necesitaba hacer una cosa más ligera porque me parecía que en las últimas películas había apretado el acelerador muy a fondo y tenían un contenido dramático demasiado intenso. Venía de hacer Carícies, Amic/Amat y Morir (o no) y necesitaba tomarme emocionalmente un respiro; un descanso de tanta intensidad dramática. Tenía ganas de mostrar otro lado mío, quizás más irónico, más festivo. Quería reencontrar la comedia, el género que había ido abandonando en las últimas películas y con el que disfruto muchísimo. Esto coincidió con que Lluís-Anton Baulenas me llamó para que le leyera un texto que acababa de terminar. Baulenas es uno de los escritores al que también sigo desde hace mucho tiempo. Cuando publicó su primera edición de Els caníbals encontré que allí había un autor con una gran capacidad fabuladora que ofrecía una magnífica historia que era muy cinematográfica. Pero el problema era que aquel texto no me iba porque era básicamente gore. Luego ha escrito otras historias que exceden nuestro coste de producción y, por lo tanto, yo tampoco podía hacerlas. Y ya puedes ir encontrando historias maravillosas, que si no tienes los medios que necesitas para explicarlas, fácilmente te quedarás con el culo al aire. Baulenas escribía novelas de época, con trasfondo histórico, como Noms a la sorra, El fil de plata o La felicitat, todas ellas narraciones muy poderosas y contundentes.

Desde que nos conocimos, he tenido una buena amistad con Baulenas, hasta el punto de que él me enseñaba las galeradas de sus libros antes de publicarlos para que le diera mi opinión. Incluso en uno de ellos me hace una pequeña dedicatoria, creo que es El fil de plata. Le propuse que rectificara una cosa que tiene que ver con la exhibición cinematográfica para que la historia tuviera verosimilitud.

Cuando estaba rodando Morir... recomendé su nombre a una actriz para que le escribiera un monólogo que, finalmente, fue rechazado por ella, y ése fue el texto que Baulenas me trajo a casa muy compungido. Cuando lo leí, pensé: ¡Virgen santa!, pero si ésta es la historia que estaba buscando. Y ahí nació Anita... Enseguida pensé en la Sardà como protagonista. Le envié el monólogo en bruto, tal como estaba en esos momentos, para ver qué pensaba del personaje, y enseguida me puse a escribir el guión.

Anita es una historia que a mí me gusta mucho porque plantea un tema universal: la necesidad del otro. El derecho al amor y a la comunicación a no importa qué edad. Normalmente el cine convencional explica muy pocas veces historias de personas con edad avanzada. Y pensé que ésta tenía un interés muy especial porque era como decir: no escondamos a la gente mayor en el armario, no la demos por acabada, porque todo el mundo tiene derecho a la comunicación y al afecto a pesar de todas las trabas y todas las dificultades sociales que existan. A mí, esta Anita me gusta porque es una mujer muy tradicional, muy clásica y muy discreta, que toda la vida ha estado yendo de casa al trabajo y del trabajo a casa, que, por su ocupación, entraba a ver las películas después del principio y salía antes del final ilusionada por el mundo del cine, a la que le habría gustado ser actriz, pero se quedó en taquillera... en definitiva, una mujer con una vida muy normal, pero muy gris. Y, en un momento determinado, se le hunde todo, como le pasa a mucha gente cuando se descoloca o pierde el trabajo. Pero lo curioso es su reacción. Después de que tiren abajo el viejo edificio del cine para hacer unas multisalas, ella decide continuar como siempre, como ha hecho toda la vida, yendo cada mañana a la misma hora al solar donde estaba aquel cine. Y de las entrañas de lo que era el escenario de su trabajo surge el amor o la posibilidad del amor. La gracia es que Anita sabe reconocerlo, se atreve a romper con todos los tabúes de la sociedad y es capaz de irse a hacer el amor con el hombre de la excavadora, dentro de un barracón que está en medio de la calle. Por muy pequeño que haya sido su mundo, reconoce la oportunidad y la aprovecha. Y todos sabemos que de este tren imaginario o metafórico, quizás, tendrá que bajarse al cabo de dos o tres estaciones, pero nadie le podrá robar ese trozo que ha vivido, ese trayecto. El mensaje es muy bonito. Debemos aprovechar las oportunidades de la vida cuando nos pasan por delante. Y tenemos el derecho de aprovecharlas, nos lleguen cuando nos lleguen, a cualquier edad. Yo creo que hay mucha gente en esta circunstancia. Y quizás ésta ha sido una de las razones de la buena acogida que esta película ha tenido en todo mundo.

En Anita... había otro aspecto muy interesante: el mundo del cine como telón de fondo, como en *Actrius* era el del teatro. En un momento determinado Anita dice: "Toda la vida he tenido el cine en mi cabeza". Y quizás es una visión del cine que no es la mía, pero comparto con esa mujer su magia, su fascinación, la importancia que ha tenido en nuestras vidas. Páginas vividas.

El relato de Baulenas en primera persona me permitió plantear la película a partir de la discontinuidad narrativa con la que siempre me ha gustado jugar. Anita... la estructuro como un inmenso flash back, con muchos flash back interiores, con flash forwards (hacia adelante), utilizando otra vez –como en *El perquè de tot plegat*– pequeños monólogos a cámara, incluso dibujos animados: una sugerencia de Rosa Maria Sardà que me pareció divertida. Anita..., en el fondo, es mi pequeño homenaje encubierto a *Annie Hall*, una de mis películas favoritas, que, por cierto, también tiene monólogos a cámara y dibujos animados. De hecho al personaje le puse Anita porque, como Annie, es el diminutivo de Ana.

El título con el que rodé la película era Anita Amorosa, y me gustaba porque tenía cuatro “aes”. Los títulos de mis películas suelen empezar por A. Esta letra tiene una forma que me atrae; incluso guardo una A que me regaló Joan Brossa; y a la vez es la primera letra del abecedario, lo que facilita que los amigos te encuentren en la cartelera. Pero cuando acabé la película Papito Benet me dijo que era un título muy blando. Y tanto insistió que decidí cambiarlo por la metáfora del tren que compartimos italianos y españoles. La parábola en inglés está en el barco, por los emigrantes, y en francés en el metro, creo. Y ahora me da un poco de pena haberlo cambiado. Pero después de los buenos resultados que ha conseguido, pienso que quizás tenía razón.

Anita... es una película que sin la capacidad interpretativa de la Sardà no se habría podido rodar. Esta mujer sabe hacerlo todo, desde el drama hasta la comedia. Pero en la tragicomedia, con este tono agrisado que necesita el personaje, su interpretación es un prodigio de registros que ha encandilado a todo el mundo. Y eso le ha dado un montón de premios. No es que los necesite, pero siempre son una alegría para el cuerpo. Otra vez la película fue a Berlín, a Panorama. Y hace poco el director del festival me dijo que estuvo a punto de programarla a concurso. Lo que se perdió la Sardà.

Para mí Anita... ha supuesto una experiencia impresionante. Recuerdo la presentación en el Festival de Mar del Plata, donde nos llevamos el premio a la mejor película iberoamericana. Allí tuvo una recepción magnífica que incluso me dio miedo físico porque, cuando acabó el pase, la gente se nos tiró encima y tardamos como media hora en salir de la sala. El público nos acogió de una forma muy calurosa y entrañable, pero la avalancha humana daba miedo. Ha ganado muchos premios por el mundo, pero inexplicablemente la Sardà no estuvo ni nominada a los Goyas. Una vez más el eterno tema español que está pendiente de arreglar. ¿Para cuándo tendremos acceso a un pedazo del pastel?

Coronado está muy contento de haber hecho esta película porque dice que, gracias a ella, ahora le proponen papeles muy distintos e interesantes. Yo creo en la capacidad de transformación de los actores. Convertir a Jose, que era conocido por personajes más bien clásicos, en un obrero de la construcción con un poco de barriguita, en un maravilloso antigalán, fue una experiencia estupenda que a él le ha ido muy bien. Además hubo mucha química entre la Sardà y él, así como entre la Sardà y María Barranco.

Esta película me permitió reírme un poco sobre el mundo del cine y sobre todo de mi vida. Cuando salen aquellos progres diciendo barbaridades sobre el doblaje y los créditos en cirílico, cuando se habla del cine de arte y ensayo y de los programas dobles... todo corresponde a páginas vividas y a momentos disparatados que han formado parte de mi generación. En mis películas no hay nada gratuito. Tienes una idea y después la vas sofisticando, y como yo en esta película quería homenajear al maestro de Manhattan, se me ocurrió cerrarla con unos créditos donde camufladamente colaba el pequeño homenaje entre menciones a otras Anitas reales y de ficción:

Y ahora un recuerdo emocionado para
Anna Karenina (y a la Garbo que la hizo en cine)
Annie Hall (y a su creador Woody Allen)
Anita de Cadaqués (y a las sardinas y gambas que pone en la mesa)
Anita de West Side Story (y a Bernstein y a Sondheim, de paso)
Anita Lizarán (y a todos los compañeros del Lliure)

Anna del King and I (y a la calva de Yul Brynner)
Anna Azcona (faraona en fueraborda)
Anna, princesa de Inglaterra (y a su difunta cuñada)
Anna Maio (y a los amigos de los 70)
Anna Frank (a quien tanto le gustaba el cine)
La tieta Anita (que en el cielo esté)
Anna María Pecanins (y a los mariachis mexicanos)
Ana Mariscal (por pionera)
Mary Ann Newman (y a su tío, Arthur)
Ana Belén (y a la Puerta de Alcalá)
Ann Miller (y a Ginger y Fred, reyes del claqué)
Anna Bolena (y al rey Enrique que la decapitó)